

el día 24, se ha quedado pacíficamente en la Habana; sabemos que hará una temporada en *Matanzas* y que luego regresará á la Habana.

Engaño número..... etc., etc., al público de México.

¿Hasta cuándo cesarán los anuncios?..... ¿Hasta cuándo será exacto el Sr. Burón?

Yo creo que el célebre Burón nos seguirá protegiendo con sus *promesas* sin llegar nunca á cumplirlas.

¡Válgame Dios! Sr. D. Leopoldo, cuánto cariño tiene Vd. al público de México.

HÉCTOR.

Leyendas Históricas

POR

IRENEO PAZ.

LEYENDA TERCERA.

HIDALGO.

CAPITULO XXV.

AMORES EN EL CONVENTO.

De codos sobre las frías baldosas de la ventana única que tenía el cuarto de la portería, defendida por una fuerte reja, se encontraba Rafael, joven de unos veinte años, atisbando lo que pasara en el interior del convento. Su profunda mirada parecía querer penetrar los muros y con el oído atento el menor ruido servía para producir en su fisonomía diferentes cambios.

—¡Nada! murmuraba con voz muy bajita, ya hace una hora que estoy aquí y no viene. ¿Qué le habrá sucedido? Y lo peor es que mi abuelo no debe tardar.

Y el antes apacible joven comenzó á dar las más claras señales de impaciencia, ya volviendo de cuando en cuando la cabeza á la puerta, ya empujándose todo lo que podía sobre las puntas de los pies para divisar el fondo de los corredores.

—¡Oh, Dios mío! exclamó repentinamente, ¡es ella! Rafael había visto que venía deslizándose por un pasadizo, indecisamente alumbrado por los reverberos del sol que caían á plomo sobre las paredes, una sombra que poco á poco fué tomando los contornos de mujer.

—Es su talle, es su manera de andar, decía siempre el joven sin perderla de vista, no sin experimentar cierta inquietud manifestada con sus volteos ed

cabeza hácia la puerta de la portería que daba al zaguán, en el que parecía oír de cuando en cuando ruidos imaginarios.

La dama, aunque llevando á cuestras el pesado hábito de las monjas carmelitas, traía la cara descubierta y rodeada solo de muy blancas tocas que hacían resaltar aun desde lejos lo rosado de sus mejillas, el nácar de sus labios y las sombras oscuras de sus negros ojos.

Solo una vez volvió ella la cabeza para ver si había quien la observara, y en seguida echó á andar más aprisa con dirección á la ventana de la portería en donde ya sabía que se la esperaba.

—¡Margarita!

—¡Rafael!

Fueron las primeras palabras que pronunciaron ambos jóvenes al estar al alcance de la voz para saludarse.

Después que ella estuvo debajo de la ventana, él, conformándose con verla á través de la espesa reja por donde no cabía ni la mano, le preguntó con voz triste:

—¿Qué hacías?

—Estaba ansiosa por venirme sabiendo que me esperabas; pero la superiora me entretuvo dándome consejos y....

—Poco tiempo podemos estar juntos, le interrumpió Rafael, porque mi abuelo no debe tardar, y ántes me extraña ya que no haya venido.

—Ahora tardará un poco más que de costumbre porque llevó muchos encargos á la ciudad, según me ha dicho la superiora; pero yo sí tendré que volverme pronto antes de que se note mi ausencia. ¡Figúrate qué dirían si me vieses aquí contigo!

—No te había de faltar una disculpa.

—Sí, les diría que había venido á informarme con Pedro sobre lo que hayan dicho en la calle de los insurgentes; pero ¿querrían creerme?

—Cómo no! si saben que tanto te interesa.

—Tú, Rafael, ¿has adquirido algunas noticias?

—Eran las que estaba ansioso de comunicarte.

—Dímelas.

—Me han dicho que el cura Hidalgo sufrió un reves cerca de Querétaro y que se ha venido con los restos de sus tropas para esta ciudad.

—¿Será cierto?

—Hasta me aseguraron que podrá llegar mañana si apresura mucho sus marchas.

—¡Qué buena noticia esta última y qué mala la primera! Ya me lo había hecho entrever la superiora con algunas reticencias, diciéndome que el combate con Calleja había sido de poca importancia; pero yo me resistía á creerlo porque mi padrino el generalísimo me escribió del Monte de las Cruces, diciéndome que había ganado una gran batalla y que ya no encontraría resistencia en México.

—En el Colegio de S. Nicolás todo se sabe, Margarita, y ahora es la voz común eso que acabo de decirte.

—Ya no lo dudo desde el momento en que lo oigo de tu boca. Ahora lo que te ruego es que tomes mejores datos y que si sabes que mi padrino el generalísimo llega mañana de un modo seguro, me lo hagas